

CRÓNICA INTERNACIONAL

Como los países de vieja civilización—usando este vocablo en el sentido unilateral que le dan los europeos—no acaban de solucionar sus agobiantes problemas de postguerra, cualquier tabla de salvación, por problemática que sea, les parece buena. Y África, como las demás áreas coloniales, les resultan tablas de segura salvación.

Así, la organización preparatoria de la ampulosamente llamada Unión Europea—es decir: consorcio franco-inglés para la dirección de algunos pueblos europeos—planea su extensión al continente africano, para suscitar en él una dúplica de tentativas de cooperación económica, administrativa y social, emprendidas en el viejo continente. Dos criterios pugnan por imponer sus sistemas respectivos en la organización de África. El primero preconiza una organización puramente africana, paralela a la europea, que mantenga contacto con ella, pero con autonomía interna. Esta organización habría de constituirse sobre la base de una articulación regional de grupos de dependencias o países vecinos, que trataran de sus problemas más puramente regionales y establecieran servicios técnicos para la resolución de aquéllos. Luego todos los grupos regionales darían vida a la Unión Africana, que celebraría periódicamente conferencias con la europea, estableciendo varios departamentos de enlace y de gestión de los asuntos comunes: producción, higiene, escolarización y educación, crédito, etc. Las características de este sistema saltan a la vista en seguida:

1) Daría primacía a los poderes puramente africanos en sus áreas regionales: la Unión Sudafricana y quizá Egipto; pero no tanto a Etiopía o Liberia.

2) Daría ventaja a los países europeos que poseyeran más dependencias en África.

3) Equilibraría los planes de reconstrucción y desarrollo reduciendo el sacrificio de los puramente africanos.

4) Eliminaría o atenuaría la intervención de los poderes no europeos.

Por esas características se supone que este plan es esencialmente grato a ciertas autoridades británicas, comenzando por Hugh Dalton, Stafford Cripps y Georges Hall.

El otro plan adopta una forma más conservadora y más europea. Las distintas comisiones y organismos de cooperación europea elaborarían propuestas sobre la participación de las riquezas y los recursos de África en los proyectos de reconstrucción y cooperación europeos. Aprobados como proyectos, se pasarían a los poderes metropolitanos correspondientes, que con o sin intervención de sus organismos locales africanos, podrían aceptar o no aquella participación, para cuya ejecución podrían constituirse delegaciones y enlaces técnicos en los territorios afectados. Este plan: 1) Es más respetuoso con la soberanía unilateral de las diferentes metrópolis. 2) Se ciñe a la cooperación europea sin prejuzgar ni impedir—según sus defensores—la organización de un plan semejante para África. 3) Otorga la iniciativa a Europa, puesto que su «unión» está ya funcionando, mientras que en África no hay nada semejante, y esa iniciativa supone una ventaja. 4) Soslaya el problema de la participación de los países extraeuropeos, que aspiraría a limitar a la financiación por un sistema semejante al del Plan Marshall. Por todas esas características no es difícil creer que Francia y Bélgica ven con más simpatía—o con menos aprensión—a este sistema que al otro. Lo cierto es que en las conversaciones entre Schuman y Bevin, y en la reunión de los Cinco en Londres, se han abordado estas cuestiones. Ahora bien: los europeos no están solos en el mundo, como hace cincuenta años, para asumir la «carga del hombre blanco» y su correlativa silenciosa—el beneficio del mundo de color—, sino que dependen de buena parte de los impulsos de dos grandes poderes extraeuropeos: los EE. UU. y la U. R. S. S. Este último se muestra irreductible a toda fórmula de cooperación que no

Heve impreso el sello bolchevista, que las democracias capitalistas de la Europa Occidental dicen rechazar. Por eso su acción directa sobre el mundo colonial se limita a su inmenso imperio—Asia Central, Siberia, Mongolia—, cada vez más propagado en el antiguo continente (Corea, Manchuria, Sin Kiang, China) hacia las tierras insulíndicas en ebullición. En el resto del mundo su acción se ejerce por la vía negativa de la agitación comunista y por el sistema indirecto que supone su participación en los organismos de la O. N. U. Quedan los impulsos norteamericanos, que vienen desarrollándose desde 1847 (fundación de Liberia) y 1872 (arrendamiento del Puerto de Pago-Pago), aunque sólo desde 1898 tomaron carta de primera clase. Sobre estos impulsos, el Punto IV del discurso con que Truman inauguró su segundo mandato presidencial, contiene un programa concreto. Se trató de la «ayuda técnica a los pueblos atrasados». El Presidente ofrece seguir manteniendo la ayuda económica de los EE. UU., a condición de que se otorguen «razonables compensaciones a los aportadores del capital privado» que se invierta en esa ayuda—sin excluir una aportación paralela de fondos públicos—, «en armonía con los intereses de los habitantes de las regiones afectadas y sobre la base de eliminar la explotación en el sentido clásico; es decir, inspirada sólo en el beneficio del exterior». Al mismo tiempo ofrece la ayuda técnica y científica de los EE. UU., que califica de *prácticamente ilimitada* para el desenvolvimiento de la riqueza de aquellas regiones y, sobre todo, para el mejoramiento de las condiciones de vida de sus habitantes, haciendo subir su nivel en los aspectos más importantes (alimentación, vestido, higiene e instrucción, etc.). El Presidente cree que es factible un inmediato aumento de la producción de víveres de consumo indígena y de la de materiales de construcción y energía eléctrica, mediante la cooperación internacional; y que no es posible en los actuales tiempos de solidaridad de los intereses humanos en todo el mundo, desentenderse de la suerte de las regiones retrasadas que, a su juicio, albergan a la mitad de la Humanidad. Y como camino e instrumento de esa cooperación señaló uno: la Organización de las Naciones Unidas. El discurso presidencial, a falta de una gran originalidad y precisión

de detalle, contiene, sin embargo, una advertencia que los países europeos beneficiarios de la ayuda norteamericana no pueden desatender: sus acreedores y banqueros no los dejan solos con sus ricas dependencias para desenvolver sus planes de revalorización por el estilo de Plan Sarraut (ahora Plan Monnet) y de la Colonial Development and Welfare Act de 1929 —hoy de 1945—, concebidos como adaptación a las actuales circunstancias del viejo sistema del Pacto Colonial, oficialmente proscrito, pero cuyo espíritu se filtra entre las medidas revalorizadoras. Los EE. UU. han abierto ya brecha en el sistema de preferencias imperiales de Ottawa por los convenios comerciales de 1938 y 1947 con Inglaterra, Francia y Holanda le deben la restitución de sus ocupados imperios. Por tanto, los planes de la Unión Europea sobre Africa tendrán que modificarse para contar con la intervención americana—deseada al par que temida—y con la más perturbadora de los organismos filiales de la O. N. U., en los que participan sin restricciones la U. R. S. S. y sus satélites. Acaso para tomar posiciones, Lord Trefgare, presidente de la British Colonial Development Company, ha visitado en París a John Mac Coy, presidente del Banco Internacional de Reconstrucción, sondeando la disposición del Banco para otorgar un préstamo de cien millones de dólares.

Al margen de estos proyectos, algunos países europeos han aprovechado la oportunidad que les brindaban para defender sus puntos de vista sobre Africa. El conde Sforza, en sus visitas a Schuman y a Bevin, ha cotizado la adhesión de Italia a la Unión Occidental y al proyectado Pacto Mediterráneo—formulando reivindicaciones (Trieste evacuado, control aliado, etcétera), una de las cuales afecta a Africa: Italia quiere participar en los organismos de organización o cooperación africana, tanto en su calidad de país europeo como en la de potencia africana—. Para lo cual esta última necesita la restitución, al menos parcial, de sus posesiones. Y como el asunto ha pasado a la O. N. U.; cuya Asamblea de primavera habrá de resolverlo, propone a Francia e Inglaterra que presenten una propuesta de restitución de Somalia (convencida ya por los cuatro grandes en septiembre pasado), la mayor parte de Eritrea y

Tripolitania, renunciando a Cirenaica y el Fezzan y concediendo un pasillo al mar a Etiopía por Assab. Francia, por su parte, ofrece—sin contar con los interesados—la inclusión de Marruecos en el «Pacto del Atlántico» a cambio de una nueva inyección de dólares.

Fuera de Europa y de Africa—aunque tocándola por el Canal de Suez—diversos acontecimientos de repercusión internacional han mantenido preocupadas a las Cancillerías. El primero de ellos, la evolución de la lucha en Palestina. Merced al apoyo del capitalismo anglosajón y del comunismo eslavo —una significativa colaboración en 1948—, las tropas israelitas han derrotado a los débiles y mal armados ejércitos árabes, en el Neyeb, penetrando en Egipto. Inglaterra, como contramedida, situó tropas en el puerto transjordano de Acaba y redistribuyó las guarniciones del Canal, obteniendo del paso un nuevo argumento en su polémica con Egipto sobre la necesidad de mantener sus tropas en el Canal. Y, a pesar del derribo de sus aviones por los israelitas, reconoció *de facto* a Israel, a cambio de que los Estados Unidos reconocieran a Transjordania, para consolidar una situación que le es favorable a primera vista: el equilibrio entre árabes y judíos. Bajo tal precedente, Francia y una docena de Estados más reconocieron a Israel, que a mediados de febrero estaba ya en relación con más de treinta países. Estos sucesos influyeron, sin duda, en el ánimo de los egipcios, libaneses y transjordanos para discutir y acordar en Rodas con los hebreos un armisticio equivalente a la «tregua» entre españoles y holandeses de 1609. Tregua aprovechada por los israelitas para incorporarse a los barrios modernos de Jerusalén y para celebrar elecciones que dieron un reducido triunfo al grupo laborista *mappai*, el de Ben Gurión, antes extremista, y ya por desbordamiento del Irgun y el Stern centrista, siendo de notar el retroceso de los grupos rabínicos y sefarditas.

Más, aún al Oriente, el atentado contra el Shah de Persia sirvió de base para una respuesta contra el *Tudch* y sus animadores soviéticos. Y, siguiendo hacia el Este, la reconciliación de India y Pakistán, a propósito del litigio de Cachemira, fraguó en la actitud monocrorde mantenida por ambas en las

Conferencias de Nueva Delhi: la primera en enero de 1949, dedicada al problema indonesio, a la que asistieron, además de los tres Dominios (Ceylán, India y Pakistán), Afganistán, Persia, Iraq, Siria y Seudia—pero no Turquía—, por el Asia Occidental, y Birmania, Tai, Nepal, Butan, Viet-Nam y Filipinas, por la Oriental, más observadores de Australia y Nueva Zelanda. La Conferencia recomendó una acción directa de cada país sobre Holanda (comunicaciones, comercio) y otra conjunta en la O. N. U. Y, efectivamente, en ella volvió a suscitarse el «caso» indonesio. Mientras que Francia apoyaba la tesis holandesa—según la cual no había sino un asunto holandés puramente doméstico, en el que no podía entremeterse la O. N. U.—, Australia, la India y los EE. UU. pedían la liberación del aprisionado «gobierno» indonesio y la reanudación de las conversaciones, bien que sin especificarse que prevía la vuelta de los holandeses a las líneas que poseían al invadir y ocupar el territorio republicano.

La victoria del comunismo en China, o más exactamente, la descomposición de la resistencia gubernamental por la eficaz ayuda rusa a Miao-Tse, y la también eficaz obstaculización americana a Chiang, repercutió rápidamente en varias dependencias vecinas. La Corea del Norte invadió, en pequeña escala, por vía de tanteo, a la Corea del Sur, cuyo Presidente, Sygman Rhee, pidió a los Estados Unidos que no evacuasen su inermes país. La guerra sorda del Viet-Nam cobró auge, coincidiendo con las inoportunas reducciones en los presupuestos del ejército colonial francés. La guerra civil de Birmania se agravó por la entrada en la lucha de formaciones *karen* perfectamente equipadas hasta con carros de asalto, que no se improvisan en la selva ni se dejan caer con paracaídas. Bangkok fué teatro de una revolución. Y en la intermitente guerrilla malaya: el lejano Oriente, a medio emancipar, coreaba a su manera el empuje bolchevique hacia el Sur. De ahí la II Conferencia de Nueva Delhi (marzo 1949) para fraguar una acción común antibolchevique, que parece poco activa.

Cierran este cuadro los ecos internacionales de sucesos aparentemente localizados en su ámbito. Los sangrientos choques de Natal—más exactamente: la matanza de hindúes por ban-

tus, ante la pasividad o la ineficacia de las autoridades blancas—han vuelto a poner al rojo vivo las ya tormentosas relaciones entre la India y Sudáfrica, cuyo diálogo en la O. N. U. no ha quedado concluido, sino aplazado, desde la última reunión de la Asamblea. El racismo exagerado del Gobierno Malaan—continuación del atenuado de Smuts—resulta un motivo excelente para que la U. R. S. S. intervenga en la condenación de los métodos «coloniales» de Occidente, con el acompañamiento, no sólo de su coro de satélites, sino de algunos países hispanoamericanos exasperados por la escasa ayuda que su «hermano mayor» yanqui les ha suministrado en sus reivindicaciones contra la intrusión colonial británica en sus suelos. Pues la reunión de la Comisión Consultiva Interamericana de Dependencias el 15 de febrero de 1949 ha sido totalmente inoperante. Más profundas y perturbadoras han sido las recomendaciones de la Comisión que visitó, en nombre de la O. N. U., a los fideicomisos de Ruanda y Tangañica, que encontró poco «democratizados» o, por lo menos, no tan democratizados como las repúblicas soviéticas del Asia Central, aunque a éstas no puede visitarlas la O. N. U.

J. M.^a C. T.

